

porvenir; pero ella no creía gran cosa en el porvenir, y profesaba respecto á él el excepticismo de Figaro.

—El mañana—decía á veces,—es una fatuidad del calendario; un pretexto cotidiano que los hombres han inventado para no hacer lo que les conviene hoy. El mañana es quizás un terremoto. Sea lo que quiera, el hoy es la tierra firme.

Un día, un caballero galante con quien había estado unos seis meses, y que se había enamorado perdidamente de ella, la propuso seriamente el matrimonio. Musette se le rió á las barbas al oír la proposición.

—¿Poner mi libertad en prisión con un contrato de matrimonio? ¡Jamás!—dijo ella.

—Es que me paso la vida temblando por el temor de perderte.

—Aún me perderías más pronto si fuera tu mujer,—respondió Musette.—No hablemos de esto. Además, yo no soy libre—añadió, pensando sin duda en Marcelo.

Así atravesó su juventud, con el espíritu flotando á todos los vientos de lo imprevisto, haciendo dichosos á muchos y haciéndose casi dichosa á sí misma. El vizconde Mauricio, con quien estaba por entonces, se acostumbraba difícilmente á aquel carácter indomable, ébrio de libertad; y no sin sentirse aguijoneado por cierta impaciencia mezclada con celos, esperó la vuelta de Musette después que la vió partir para ir á casa de Marcelo.

—¿Se quedará allí?—se preguntó durante toda la noche el joven clavándose ese interrogante en el corazón.

—¡Ese pobre Mauricio—se decía Musette por su parte,—halla todo eso algo violento! ¡Qué im-

porta! Hay que ir educando á la juventud.—Luego, lanzando su imaginación á otros ejercicios, pensó en Marcelo, á quien iba á ver; y mientras pasaba revista á los recuerdos que despertaba en ella el nombre de su antiguo adorador, se preguntaba á qué milagro se debería el que hubiera un banquete en su casa. Volvió á leer, por el camino, la carta que el artista le había escrito, y no pudo evitar una impresión de tristeza. Pero duró solo breves instantes. Musette pensó, con razón, que menos que nunca era aquella ocasión de desconsolarse, y como en aquel momento soplara una fuerte ráfaga, exclamó:

—Es curioso, si yo no quisiera ir á casa de Marcelo, el viento me llevaría.

Y prosiguió su camino apretando el paso, alegre como un pájaro que vuela hacia su primer nido.

De pronto empezó á nevar con abundancia. Musette buscó con los ojos un coche. No vió ninguno. Y como se encontraba precisamente en la calle donde vivía su amiga la señora Sidonia, la que le mandó llevar la carta de Marcelo, Musette tuvo la idea de entrar un momento en casa de aquella mujer, para esperar que el tiempo le dejara proseguir su camino.

Cuando Musette entró en casa de la señora Sidonia, encontró allí una numerosa tertulia. Estaban continuando una partida de lansquenete que hacía tres días que duraba.

—No se incomoden ustedes—dijo Musette,—no hago más que entrar y salir.

—¿Has recibido la carta de Marcelo?—le susurró al oído la señora Sidonia.

—Sí—respondió Musette;—voy á su casa; me

ha invitado á comer. ¿Quieres venir conmigo? Te divertirás.

—¡ Ah, no, no puedo!—exclamó Sidonia, designando la mesa de juego.—¿Y mi alquiler?

—Hay seis luises—dijo en alta voz el banquero que mezclaba la baraja.

—¡ Yo pongo dos!—gritó la señora Sidonia.

—No soy intransigente, tallo por dos—respondió el banquero que había ya pasado varias veces.

—Rey y as. Estoy perdido—prosiguió dejando caer las cartas,—todos los reyes están muertos.

—Aquí no se habla de política—observó un periodista.

—Y el as es el enemigo de mi familia,—concluyó el banquero que dió vuelta todavía á un rey.

—¡ Viva el rey!—gritó.—Pero, señora Sidonia, mándeme usted dos luises.

—Tenlos en la memoria,—exclamó Sidonia, furiosa por haber perdido.

—Me debe ya quinientos francos, hermosa,—dijo el banquero.—Llegará usted á mil. La paso de mano.

Sidonia y Musette conversaban en voz baja. La partida continuó.

A la misma hora próximamente se sentaban á la mesa los bohemios. Durante toda la comida Marcelo estuvo inquieto. Cada vez que oía rumor de pasos en la escalera, se le veía palidecer.

—¿Qué tienes?—preguntaba Rodolfo.—Parece que esperas á alguien. ¿No estamos todos, acaso?

Pero por una mirada que le lanzó el artista, comprendió cuál era la preocupación de su amigo.

—Es verdad—se dijo,—no estamos todos.

La mirada de Marcelo quiso decir Musette; la mirada de Rodolfo quería decir Mimí.

—Aquí faltan mujeres—dijo de pronto Schounard.

—¡ Vive Dios!—aulló Colline.—¿Te callarás con tus observaciones libertinas? Hemos convenido en que no se hablaría de amor, porque agría las salsas.

Y los amigos volvieron á beber á grandes sorbos, mientras que por fuera la nieve caía siempre, y en el hogar ardía con resplandor la leña mandando cohetes de chispas.

En el momento en que Rodolfo cantaba á toda voz la estrofa de una canción que acababa de leer en el fondo de su copa, llamaron repetidamente á la puerta.

Al oír aquel ruido, como un buzo que tocando con el pie el fondo del mar, vuelve á la superficie, Marcelo, perturbado por un principio de borrachera, se levantó presurosamente de su silla y corrió á abrir.

No era Musette.

Un caballero apareció en el umbral, llevando en la mano un papelito. Su aspecto parecía amable, pero su bata estaba muy mal confeccionada.

—Parece que les encuentro á ustedes en buena disposición—dijo al ver la mesa, en cuyo centro aparecían los restos de una colosal pierna de carnero.

—¡ El casero!—exclamó Rodolfo:—que se le rindan los debidos honores.

Y se puso á tocar generala en su plato con el cuchillo y el tenedor.

Colline le ofreció su silla, y Marcelo gritó:

—Vamos, Schounard, una copa de lo claro para el señor. Llega usted á tiempo—dijo el artista al propietario.—Estábamos brindando á la salud de la propiedad. Este amigo, el señor Colline, estaba

diciendo cosas conmovedoras. Y puesto que ha venido usted, volverá á empezar en su obsequio. Empieza otra vez, Colline.

—Dispensen ustedes, señores—dijo el propietario,—no quisiera estorbar.

Y desplegó el papelito que llevaba en la mano.

—¿Qué impreso es ese?—preguntó Marcelo.

El casero, después de pasear por la habitación una mirada inquisitorial, vió el oro y la plata que habían quedado encima de la chimenea.

—Es el recibo—dijo rápidamente,—que he tenido ya el honor de hacerle presentar otra vez.

—Es verdad—dijo Marcelo,—mi fiel memoria me recuerda perfectamente ese detalle; era un viernes, el ocho de octubre, á las doce y cuarto; está muy bien.

—Tiene ya mi firma—observó el propietario;—y si no le fuese á usted molesto...

—Caballero—dijo Marcelo,—deseaba verle. He de hablar extensamente con usted.

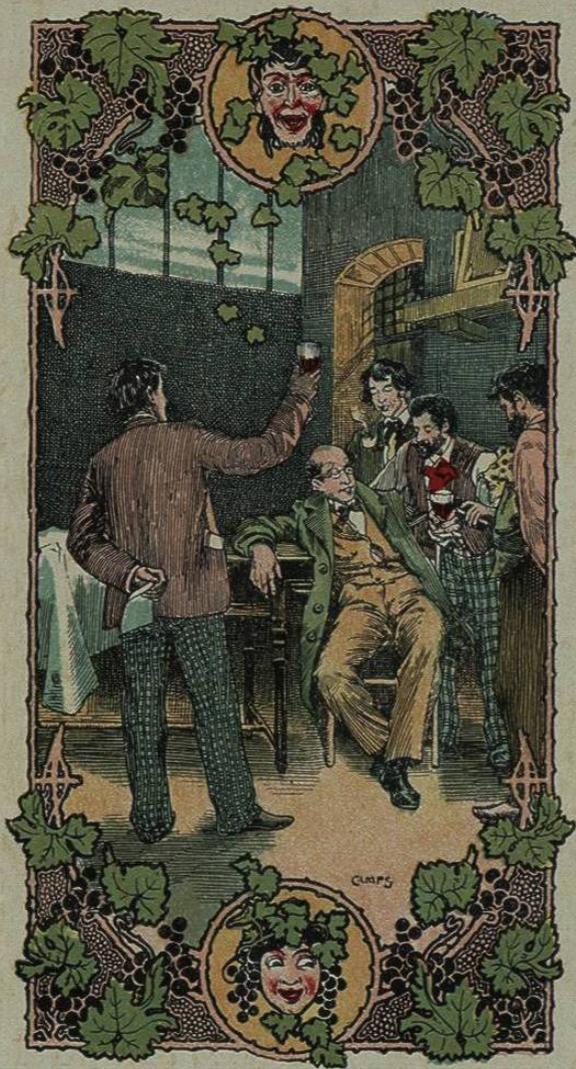
—Estoy á sus órdenes.

—Hágame usted el obsequio, antes, de tomar un sorbo—prosiguió Marcelo obligándole á beber un vaso de vino.—Caballero—repitió el artista,—usted me remitió ha poco un papelito... con una imagen que representa una señora sosteniendo unas balanzas. El mensaje llevaba la firma de Godard.

—Es mi hujier—dijo el casero.

Por cierto que hace muy mala letra—observó Marcelo.—Mi amigo, que sabe todas las lenguas—continuó designando á Colline—mi amigo trató de descifrar aquel despacho, cuyo porte cuesta cinco francos...

—Era una orden de desahucio—dijo el casero,—como medida de precaución... es la costumbre.



—Una orden de desahucio, precisamente—asin-  
tió Marcelo.—Yo deseaba verle para que tuviéramos una conferencia á propósito de aquella acta, que quisiera convertir en escritura de arrendamiento. Esta casa me gusta, la escalera es decente, la calle muy alegre, y además, varias razones de familia, mil cosas me unen á esos muros.

—Pero—dijo el casero presentando otra vez el recibo,—queda por liquidar el último trimestre.

—Ya lo *liquidaremos*, caballero, tal es precisamente mi intención más íntima.

Mientras tanto el casero no quitaba los ojos de la chimenea donde se hallaba el dinero, y la atractiva fijeza de sus miradas llenas de avaricia era tal, que las monedas parecía que danzaban y se iban hacia él.

—Tengo la fortuna de llegar en un momento en que, sin serle gravoso, podremos saldar esta pequeña cuenta—dijo presentando el recibo á Marcelo, quien, sin tiempo para parar la estocada, se desentendió una vez más y volvió á reanudar con su acreedor la escena de don Juan con el señor Domingo (1).

—¿No tiene usted propiedades en provincias?—preguntó.

—¡Oh!—respondió el casero.—Poca cosa; una casita en Borgoña, una alquería, poca cosa, que no produce nada... los colonos no pagan... Así es que—añadió volviendo á presentar el recibo,—este pequeño cobro me viene de perilla... Son sesenta francos, según ya sabe usted.

—Sesenta, sí — repitió Marcelo dirigiéndose hacia la chimenea, de donde tomó tres monedas de oro.—Digamos sesenta—y puso los tres luises encima la mesa, á alguna distancia del casero.

(1) De la comedia de Molière.

—¡ Por fin!—murmuró éste, cuyo rostro se animó súbitamente, y puso también su recibo sobre la mesa.

Schaunard, Colline y Rodolfo contemplaban la escena con inquietud.

—¡ Pardiez! caballero—exclamó Marcelo,—puesto que es usted borgoñón, no se negará á decir dos palabras á un compatriota.

Y haciendo saltar el tapón de una botella de Macón viejo, llenó un vaso para el casero.

—¡ Delicioso!—dijo éste...—Nunca lo he bebido mejor.

—Es de un tío mio que vive allí, y que me manda algunas cestas de vez en cuando.

El casero se había levantado, y ya iba á extender la mano hacia el dinero que tenía ante sí, cuando Marcelo le detuvo otra vez.

—No me rehusará usted otro vasito—dijo escanciando de nuevo y obligando al acreedor á chocar el vaso con el suyo y con el de los demás bohemios.

El casero no se atrevió á rehusar. Bebió otra vez, dejó su copa, y se disponía también á recoger el dinero, cuando Marcelo exclamó:

—A propósito, caballero, se me ocurre una idea. En este momento estoy bastante bien de dinero. Mi tío de Borgoña me ha enviado un suplemento de pensión y temo disipar ese dinero. La juventud no calcula, ya lo sabe usted... Si no le contrariara, le pagaría otro trimestre por adelantado.

Y tomando otros sesenta francos en escudos los reunió á los luises que estaban sobre la mesa.

—Entonces voy á extender un recibo del trimestre que corre—dijo el propietario.—Traigo algunos en blanco en mi bolsillo—añadió sacando la cartera.—Voy á llenarlo y á poner la fecha por

adelantado. Es simpático este inquilino—pensó para sí mientras acariciaba los ciento veinte francos con los ojos.

Al oír aquella proposición, los tres bohemios, que no comprendían una palabra de la diplomacia de Marcelo, se quedaron estupefactos.

—Esta chimenea echa humo, y esto es muy molesto.

—¿ Por qué no me lo avisaba usted? Habría llamado al fumista—dijo el propietario, que no quería ser inferior en deferencias.—Mañana mandaré los operarios.—Y habiendo terminado de llenar el segundo recibo, lo unió al primero, los colocó entrambos ante Marcelo, y aproximó de nuevo la mano al montón de dinero.—No sabe usted cuánto tiempo me llega este dinero—dijo.—Tengo que pagar algunas cuentas por reparaciones á mi inmueble... y me encontraba con dificultades.

—Siento haberle hecho esperar tanto—observó Marcelo.

—¡ Oh! no me daba ningún cuidado... Señores... Tengo el honor...—y volvió á alargar la mano.

—¡ Oh! ¡ oh! permítame usted—exclamó Marcelo,—no hemos terminado aún. Ya sabe usted el proverbio: cuando el vino está destapado...

Y volvió á llenar el vaso del propietario.

—Hay que beberlo...

—Tiene usted razón—dijo éste sentándose otra vez por cortesía.

Esta vez, á una ojeada que les lanzó Marcelo, los bohemios comprendieron cual era su objeto.

Mientras tanto el casero, empezaba á mover las pupilas de un modo desusado. Se columpiaba en la silla, profería palabras licenciosas, y prometía

á Marcelo, que le pedía algunas reparaciones en la casa, fabulosas reformas para embellecerla.

—¡Adelante la gruesa artillería!—dijo el artista en voz baja á Rodolfo, indicándole una botella de ron.

Cuando hubo apurado la primera copa, el casero entonó una canción licenciosa que hizo ruborizar á Schaunard.

Después de la segunda copa, relató sus infortunios conyugales; y como su esposa se llamaba Elena, él se comparó á Menelao.

Después de la tercera copita, tuvo un acceso de filosofía y emitió algunos aforismos como los que siguen:

«La vida es un río.

»La fortuna no da la felicidad.

»El hombre es efímero.

»¡Qué agradable es el amor!»

Y tomando á Schaunard por confidente, le contó sus relaciones clandestinas con una muchacha á quien puso casa, y que se llamaba Eufemia. E hizo un retrato tan detallado de aquella joven, de ingenua ternura, que Schaunard empezó á sentirse poseído de extrañas sospechas, que se convirtieron en certidumbre cuando el casero le enseñó una carta que sacó de su cartera.

—¡Cielos!—exclamó Schaunard al observar la letra.—¡Mujer cruel! Me hundes un puñal en el corazón.

—¿Qué tienes?—exclamaron los bohemios, sorprendidos por aquel lenguaje.

—Mirad—dijo Schaunard,—esta carta es de Eufemia; mirad este garabato que sirve de firma.—E hizo circular la carta de su ex-amante, que empezaba con estas palabras:

«Angelito mio.»

—Soy yo su angelito—dijo el casero tratando en vano de levantarse de la silla.

—¡Perfectamente!—dijo Marcelo que le observaba,—ya ha echado anclas.

—¡Eufemia! ¡Eufemia!—murmuraba Schaunard,—me has dado un gran disgusto.

—Le he amueblado un pequeño entresuelo, en la calle de Coquenard, número 12,—dijo el propietario.—Está muy bonito... muy bonito... y me ha costado mucho dinero... Pero el amor sincero no tiene precio, y además tengo veinte mil francos de renta... Ella me pide dinero,—prosiguió recobrando la carta.—¡Pobre niña!... Voy á regalarle éste, y estará contenta...—y alargó la mano hacia el dinero preparado por Marcelo.—¡Hola, hola!—exclamó con sorpresa mientras palpaba la mesa—¿dónde se ha metido?...

El dinero había desaparecido.

—Es imposible que un hombre honrado se preste á tan culpables manejos—se dijo Marcelo.—Mi conciencia, la moral me prohíben dejar en manos de este viejo libertino el dinero de los alquileres. No pagaré ya el trimestre. Pero mi alma se quedará al menos sin remordimientos. ¡Qué costumbres! ¡Un hombre tan calvo!

Mientras tanto el casero se había ido á pique y pronunciaba en alta voz discursos insensatos á las botellas.

Como hacia ya dos horas que estaba ausente, su esposa, inquieta por él, envió la sirvienta á buscarle, la cual, al verle, empezó á dar grandes voces.

—¿Qué le han hecho á mi amo?—preguntó á los bohemios.

—Nada—dijo Marcelo;—hace poco subió para

cobrar el alquiler; y como no teníamos dinero para pagarle, le hemos pedido una prórroga.

—Pero si está borracho—dijo la doméstica.

—Lo principal ya estaba hecho—respondió Rodolfo;—cuando ha subido nos ha dicho que había estado arreglando la bodega.

—Y había perdido de tal modo la cabeza—prosiguió Colline,—que quería dejarnos los recibos sin cobrar.

—Los devolverá usted á su esposa—añadió el pintor entregándole los recibos;—nosotros somos personas honradas, y no queremos aprovecharnos de su estado.

—¡ Ah, señor! ¿ Qué dirá la señorita?—exclamó la sirvienta arrastrando al casero, que no podía tenerse en pie.

—¡ Por fin!—exclamó Marcelo.

—Volverá mañana—dijo Rodolfo;—ha visto el dinero.

—Cuando vuelva le amenazaré con revelar á su mujer sus relaciones con la joven Eufemia, y nos concederá un plazo.

Cuando el casero hubo salido, los cuatro amigos se pusieron á beber y á fumar otra vez. Marcelo, únicamente, conservó un sentimiento de lucidez en su embriaguez. A cada instante, al menor ruido de pasos que oía en la escalera, corría á abrir la puerta. Pero los que subían, deteníanse siempre en los pisos inferiores; entonces el artista volvía lentamente á sentarse al lado de la lumbre. Tocaron las doce de la noche y Musette no había comparecido aún.

—Seguramente — pensó Marcelo, — no estaba en casa cuando le llevaron mi carta. La encontrará esta noche cuando vuelva, y vendrá mañana por la mañana; aun encontrará fuego. Es imposi-

ble que no venga. Vamos, hasta mañana.—Y se durmió en un rincón del hogar.

En el momento en que Marcelo se dormía soñando en ella, la señorita Musette salía de casa de su amiga, la señora Sidonia, donde había permanecido hasta entonces. Musette no iba sola, la acompañaba un joven. Un coche esperaba á la puerta; subieron ambos y marchó al galope.

La partida de lansquenete continuaba en casa de la señora Sidonia.

—¿ Pero dónde está Musette?—preguntó de pronto uno.

—¿ Dónde está el joven Serafín?—dijo otro.

La señora Sidonia se echó á reír.

—Acaban de escaparse juntos,—dijo.—¡ Ja, ja! Es un cuento muy gracioso. ¡ Qué original es esa Musette! Fugúrense ustedes...

Y explicó á la sociedad como Musette, después de haber casi reñido con el vizconde Mauricio, después de ponerse en camino para ir á casa de Marcelo, había subido un instante, por casualidad, y como allí se había encontrado con el joven Serafín.

—Yo ya sospechaba algo—dijo Sidonia interrumpiendo su relación;—les he estado observando toda la noche; no es tonto ese muchacho. En una palabra—prosiguió,—se han marchado sin decir oste ni moste y échenles ustedes un gaigo. Lo curioso del caso es que Musette está loca por su Marcelo.

—Si es verdad que está tan loca, ¿ por qué se encapricha con Serafín, un niño casi? No ha tenido aún ninguna querida,—dijo un joven.

—Le querrá enseñar á leer—objetó el periodista que se ponía muy tonto cuando perdía.

—Lo mismo da—prosiguió Sidonia,—pero ya que ama á Marcelo, ¿por qué escapar con Serafín? Esto es lo que me choca.

—¡Ay! sí. ¿Por qué?

Durante cinco días, y sin salir de casa, los bohemios estuvieron entregados á la vida más alegre de este mundo. Permanecían sentados á la mesa desde la mañana hasta la noche. Un admirable desorden reinaba en la habitación, cuya atmósfera estaba cargada de pantagruélicos vapores. Sobre un entero banco de conchas de ostras estaba acostado un ejército de botellas de varias formas. La mesa estaba cubierta de restos de todas clases, y en la chimenea ardía un bosque.

El sexto día, Colline, que era el maestro de ceremonias, compiló, según hacía cada mañana, la lista del almuerzo, de la comida, de la merienda y de la cena, y la expuso á la apreciación de sus compañeros, rubricándola cada uno en señal de asentimiento.

Pero cuando Colline abrió el cajón que servía de caja, para tomar el dinero necesario para pagar el gasto del día, retrocedió dos pasos y se puso amarillo como el cetro de Banquo.

—¿Qué hay?—preguntaron con indiferencia los demás.

—Hay que sólo hay treinta sueldos—respondió el filósofo.

—¡Demonio! ¡demonio!—exclamaron aquéllos.—Esto nos obligará á modificar nuestra lista. Serán treinta sueldos bien empleados... ¡Cierto que no comeremos trufas!

Unos instantes después, la mesa estaba servida.

Velanse tres platos colocados con mucha simetría:

Un plato de arenques;

Un plato de patatas;

Un plato de queso.

En la chimenea había dos tizones pequeños como el puño.

Por fuera seguía nevando.

Los cuatro bohemios se sentaron á la mesa y desdoblaron con gran formalidad sus servilletas.

—Es particular—decía Marcelo,—estos arenques saben á faisán.

—Esto depende de la manera como los he condimentado—contestó Colline;—el arenque ha sido tratado hasta ahora con injusticia.

En aquel momento subía por la escalera una alegre canción que se detuvo ante la puerta, llamando. Marcelo, que no pudo evitar un estremecimiento, corrió á abrir.

Musette le echó los brazos al cuello y le tuvo abrazado durante cinco minutos. Marcelo la sentía temblar entre sus brazos.

—¿Qué tienes?—la preguntó.

—Tengo frío—dijo maquinalmente Musette, aproximándose á la chimenea.

—¡Ah!—exclamó Marcelo,—¡tan buen fuego como hemos tenido!

—Sí—observó Musette al ver en la mesa los restos del festín que había durado cinco días;—llego demasiado tarde.

—¿Por qué?—interrogó Marcelo.

—¿Por qué?—contestó Musette... ruborizándose. Y se sentó en las rodillas de Marcelo; seguía temblando y sus manos estaban violáceas.

—¿No eras libre de venir?—le preguntó Marcelo al oído.

—¿No ser libre yo?—exclamó la linda muchacha.—¡Ah! ¡Marcelo! Aunque estuviera sentada en medio de las estrellas, en el paraíso de Dios, si me hicieras un signo, bajaría contigo. ¿No ser libre yo?...—Y volvió á temblar.

—Aquí hay cinco sillas—dijo Rodolfo,—número impar, sin contar que la quinta tiene una forma ridícula.—Y rompiendo la silla contra el muro, tiró las astillas á la chimenea. El fuego resucitó en seguida con alegres llamaradas; después, haciendo un signo á Colline y á Schaunard, el poeta los condujo consigo.

—¿A dónde vais?—preguntó Marcelo.

—Vamos á comprar tabaco—respondieron.

—En la Habana—añadió Schaunard, haciendo un signo de inteligencia á Marcelo, que le dió las gracias con una mirada.

—¿Por qué no has venido más pronto?—volvió á preguntar á Musette cuando estuvieron solos.

—Es verdad, he llegado un poco tarde...

—¡Cinco días para pasar el Puente Nuevo! ¿Has tomado acaso por los Pirineos?—preguntó Marcelo.

Musette bajó la cabeza y permaneció silenciosa.

—¡Ah, pícaro!—prosiguió con tristeza el artista golpeando ligeramente el pecho de su amante.—

¿Qué es lo que tienes aquí dentro?

—Ya lo sabes—rebató presurosamente aquélla.

—¿Pero, qué has hecho desde que te escribí?

—¡No me lo preguntes!—repuso vivamente besándole repetidas veces.—¡No me preguntes nada! Déjame que me caliente á tu lado en tanto haga frío. Ya lo ves, me había puesto el mejor traje para venir... Ese pobre Mauricio no me comprendía cuando quise venir aquí; pero esto es su-

perior á mi voluntad... Me puse en camino... ¡Qué bueno es el fuego!—añadió acercando sus manitas á la llama. Me quedaré contigo hasta mañana. ¿Lo quieres?

—Hará mucho frío aquí—dijo Marcelo—y no tenemos de qué comer. Has venido demasiado tarde—repitió.

—¡Mejor! Así parecerá que estamos en otros tiempos.

.....  
Rodolfo, Colline y Schaunard pasaron veinticuatro horas buscando el tabaco. Cuando volvieron á la habitación de Marcelo, estaba solo.

Después de seis días de ausencia, el vizconde Mauricio vió entrar á Musette.

No la dirigió ninguna reconvencción, y únicamente le preguntó por qué estaba triste.

—He reñido con Marcelo—dijo,—y nos hemos separado de mala manera.

—Y sin embargo—observó Mauricio—¿quién sabe si todavía volverá usted con él?

—¿Qué quiere usted?—exclamó Musette—de vez en cuando tengo necesidad de ir á respirar aquel ambiente. Mi loca existencia es como una canción; cada uno de mis amores es una estrofa; pero Marcelo es el estribillo.

